

## II

### EL PROCESO GRESLOU

El célebre filósofo era, en todo y para todo, sistemáticamente puntual. Entre las máximas que en los albores de su vida racional adoptó imitando a Descartes, figuraba ésta: «El orden da libertad al pensamiento.» Entraba, pues, en el Palacio de Justicia cuando faltaban cinco minutos para la hora señalada en la papeleta. Tuvo necesidad de aguardar en el corredor muy cerca de media hora antes de que el juez le hiciese llamar a su presencia. En aquel largo corredor, de paredes completamente desnudas y sin otro mobiliario que algunas sillas y mesas para mozos y ordenanzas, se habla muy quedo, como en toda antecámara oficial. Había allí, cuando entró Adriano, media docena de personas. El sabio se colocó, sin notar lo siquiera, próximo a un honrado burgués y a su señora esposa citados para otro asunto y algo alarmados también por aquel encuentro con la justicia. La presencia de aquel hombre completamente afeitado, cubiertos los ojos por los cristales redondos y oscuros de sus gafas, con su saco largo y su fisonomía extraña, produjo cierta inquietud en el ánimo

de aquellas buenas gentes, que consideraron muy oportuno abandonar el sitio en que charlaban.

—Es un polizonte—dijo a la mujer el marido.

—¿Es de veras?—preguntó la mujer mirando con terror aquella enigmática e impasible figura—. ¡Virgen santa, qué aire tan falso tiene!

En tanto que esa escena, profundamente cómica, se verificaba sin que el sabio observador del corazón humano sospechara ni un solo instante el efecto que su presencia producía, ni siquiera que había alguien cerca de él, el señor juez de instrucción departía alegremente con un su amigo en un cuartito próximo al despacho. Adornado con los autógrafos y los retratos de algunos malhechores célebres, aquel cuartito servía al señor de Valette de tocador, de sitio para fumar y de cuarto reservado cuando quería charlar lejos del imprescindible escribano de actuaciones. Era este juez hombre de menos de cuarenta años, de aspecto agradable, vestido con sujeción a las prescripciones de la moda y adornados de sortijas sus dedos; en fin, un magistrado de la escuela novísima. En la calle, con su cinta de caballero en el ojal, con su sombrero reluciente como un sable, habríasele creído bolsista condecorado a consecuencia de alguna emisión. Tenía en la mano el papel sobre el cual había escrito el sabio su nombre, con una forma de letra clara y ligada, y mostraba esa firma al amigo; era el tal un hombre dedicado única y exclusivamente a divertirse; era su cara una de esas caras medio borrosas, medio consumidas que solamente se encuentran en París. ¿Pretende cualquiera adivinar sus gustos, sus costumbres, su carácter? Lo pretenderá en

vano; es imposible, porque sobre aquel semblante han pasado un cúmulo de sensaciones múltiples y contradictorias.

Pertenecía el amigo del juez instructor al grupo numeroso de los que asisten en los teatros a todos los estrenos, visitan asiduamente los estudios de los pintores de fama, asisten a las vistas de las causas que interesan al público; en fin, que se jactan y alardean de estar al corriente, *al tanto de cuanto sucede*, como suele decirse ahora. Después de haber leído el nombre de Adriano Sixto, exclamó el camarada del juez:

—¡Diablo, amigo Valette, gran fortuna tienes de hablar con ese sabio! ¿No has leído el capítulo sobre el amor que ha publicado en no sé qué librote? He ahí un camándulas que conoce a las mujeres. Pero ¿sobre qué diablos tienes que preguntarle?

—Sobre este proceso Greslou. Parece que el joven ha visitado mucho a este hombre, y la defensa le cita como testigo de descargo. Solamente para esto se ha expedido exhorto.

—Me contraría mucho no poder verle.

—Si tienes empeño en ello nada más fácil. Doy orden para que sea introducido aquí; tú sales cuando él entre... y está hecho. De todas maneras no te olvides de lo principal. Quedamos en que esta noche, a las ocho, en casa de Durand: ¡irá Gladys?

—Sí, estará; y no me olvidaré de esto. Ya conoces, supongo, su última agudeza. Censurábamos en presencia de Gladys a Cristina porque engaña a Santiago, y dijo Gladys:

—Necesariamente ha de tener dos amantes, toda

vez que ella gasta al año el doble de lo que le da cada uno.

—¡Admirable! Creo que Gladys aventaja en filosofía del amor a todos los Sixtos del mundo y del *demi-monde* (1).

Ambos amigos rieron alegremente después de dar orden de que fuese conducido el filósofo al despacho. El curioso, despidiéndose de Valette con un buen apretón de manos, y diciéndole otra vez:

—Hasta la noche, a las ocho en punto—guiñó el ojo detrás de su *monocle* para examinar más a su gusto al escritor ilustre, a quien conocía solamente por haber leído extractos algo picantes de la *Teoría de las pasiones* en artículos de periódicos.

La presencia de aquel buen hombre, juntamente extravagante y tímido, que entraba en el despacho visiblemente embarazado, contrastaba tanto con la idea del misántropo mordaz, cruel y despreocupado, concebida por ellos, que ambos amigos cambiaron entre sí una mirada de estupor. Sonrieron el uno y el otro, pero todo aquello sólo duró un segundo. El amigo salió. El juez hizo señal al testigo para que se sentase en uno de los sillones forrados de terciopelo verde que adornaban el cuarto, lujo que se completaba, según la moda administrativa, con una alfombra de moqueta, también verde, y un escritorio de anacardo. La fisonomía del juez instructor habíase

(1) En el original resulta un juego de palabras que no tiene traducción posible en castellano. Se ha dejado el vocablo francés (ya vulgarizado en España), para que se forme idea de la intención de la frase.

(N. del T.)

tornado sería. Estas transiciones de una actitud a otra son mucho más sinceras de lo que se figuran muchos que observan el contraste entre el aspecto del hombre privado y el aspecto del funcionario público. El perfecto comediante social, que menosprecia por completo su profesión, es un monstruo muy raro, afortunadamente. No tenemos, por regla general, esta fuerza de escepticismo al servicio de nuestras hipocresías. El agudo señor Valette, aficionado a la vida alegre, amigo de hombres de casinos y de carreras de caballos, émulo de periodistas en lo relativo a bromas y agudezas, y que momentos antes comentaba la frase de una *vengadora*, con la que se proponía cenar aquella misma noche, no había necesitado realizar ningún esfuerzo para ceder el sitio al investigador severo, hábilmente frío, que tiene el encargo de averiguar la verdad en nombre de la ley. Con sus pupilas, convertidas en penetrantes de pronto, intentó llegar hasta el fondo de la conciencia del recién llegado. En los primeros minutos de conversación con cualquiera a quien se desea hacer que hable, aunque él no quiera hacerlo, los magistrados de *raza* tienen en sí mismo una especie de alerta de toda su naturaleza militante, como los espadachines que tantean el juego del adversario desconocido para entrar en él. El filósofo se convenció de que sus presentimientos no le habían engañado, porque vió, escritas en gruesos caracteres, sobre un legajo de papelotes que tomó el juez, estas palabras, que le produjeron involuntario estremecimiento: *Proceso Greslou*. Reinaba a la sazón en la estancia profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de

doblar papeles y por el de la pluma del escribano. Disponíase éste a escribir el interrogatorio con esa indiferencia peculiar de los hombres habituados a representar el oficio de máquinas en el drama de la vida jurídica. Una causa criminal no se diferencia, para los tales, de otra causa criminal, como para un dependiente de la funeraria un muerto no se distingue de otro muerto, o para un mandadero del hospital un enfermo es exactamente lo mismo que otro enfermo.

—Voy a eximir a usted—dijo el juez por último—de contestaciones de mera fórmula. Existen nombres y personas que a nadie es lícito desconocer...—El filósofo no se inclinó ni aun de cumplido.—Vamos, no tiene trato de gentes—pensó el magistrado—será uno de esos literatos que nos desprecian.—Y en voz alta prosiguió:—Voy, pues, directamente al hecho que motiva esta citación que me he visto obligado a dirigir a usted. ¿Usted tiene ya noticias, sin duda, del crimen de que se acusa a Roberto Greslou?

—Dispéñeme usted, señor juez—interrumpió el filósofo abandonando la posición adoptada instintivamente para escuchar al magistrado, el codo sobre el brazo del sillón, la barba sobre la mano, el índice en la mejilla como en las horas de las meditaciones solitarias—; no tengo de eso ni la más ligera noticia.

—Pues todos los periódicos lo han referido con una exactitud a la que los señores periodistas no nos tienen acostumbrados—respondió el juez, que consideró de gran efecto y de mucha oportunidad manifestar cierto desdén hacia la Prensa para correspon-

der al menosprecio que el literato había manifestado a la toga.

Después el juez continuó, pensando:

—Disimula; ¿por qué? ¿Pretenderá echárselas de listo? Esto es verdaderamente estúpido.

—Pero es que—respondió el filósofo—no leo nunca ningún periódico.

El juez, al oír esto, miró atentamente a su interlocutor y dijo:

—¡Ah...!—poniendo en esta exclamación más ironía que extrañeza—. Corriente pensó; ¿quieres que yo hable? Pues espera un poco y verás...

Y en seguida, con cierta irritación en el tono, continuó diciendo:

—Sea; entonces voy a resumir la acusación en pocas palabras, deplorando que no se halle usted más enterado de un proceso que puede interesar bastante, si no a la responsabilidad legal de usted, cuando menos a la responsabilidad moral.

Al oír esto el filósofo levantó la cabeza con una inquietud que regocijó el corazón del juez.

—Has caído, pobre hombre—dijo para sí mismo, y después continuó diciendo en alta voz—: De todos modos, caballero, usted sí sabe quién es Roberto Greslou y el puesto que ocupaba en casa del señor marqués de Jussat-Randon. Tengo aquí en el apuntamiento copias de muchas cartas que usted ha dirigido al castillo de Jussat; que era usted, ¿cómo diremos?, el director intelectual del procesado.

El filósofo hizo con la cabeza un signo de negación; el juez, aparentando no advertirlo, prosiguió:

—Por de pronto, suplico a usted que me diga si

ese joven ha hablado a usted de esa familia y en qué términos lo ha hecho. Seguramente nada digo a usted de nuevo recordando que la familia se componía de padre, madre, el hijo mayor, que es capitán de dragones, actualmente de guarnición en Luneville, un hijo menor, que era el discípulo del presunto reo, y una joven de diecinueve años, la señorita Carlota. Esta era novia del barón de Plane, oficial en el mismo regimiento que el hermano de Carlota. El matrimonio que, por razones del todo ajenas al proceso, había sido aplazado por algunos meses, estaba fijado definitivamente para el día quince del mes de Diciembre último.

Pues bien, cierta mañana de la semana anterior a aquella en que debían llegar el esposo futuro y el conde Andrés, hermano de la señorita Carlota, la doncella de la joven, al entrar en la habitación de su ama, a la hora acostumbrada, la encontró muerta en la cama.

El magistrado, al llegar a este punto de su relación, se detuvo un momento y, sin que dejase de hojear el legajo de papeles, miró con el rabo del ojo al testigo. El asombro que se retrataba en el semblante del filósofo era tan sincero, que el magistrado estaba realmente maravillado.

—Nada sabe—se dijo—, he aquí una cosa muy extraña.

Valette estudió de nuevo, sin abandonar sus aires de despreocupación e indiferencia, el semblante del hombre célebre. Pero el juez carecía de los datos que le hubieran hecho comprender a este personaje singular, consorcio extraño de un cerebro poderoso

en el terreno de las ideas, y de un inocente, un parapoco, un bobo casi en el terreno de los hechos. Por eso el juez continuó sin comprender nada y prosiguió su relación:

—Aunque el médico avisado a toda prisa era un humilde practicante de una población rural, no vaciló un momento en afirmar que el aspecto del cadáver alejaba toda suposición de muerte natural. Lívido el rostro, apretados los dientes, extraordinariamente dilatadas las pupilas y el cuerpo, formando un arco de círculo, descansando sobre la nuca y los pies, el cadáver presentaba todos los síntomas de un envenenamiento por medio de la estricnina. Una copa colocada encima de la mesita de noche contenía las últimas gotas de una poción que la señorita de Jussat había debido de tomar durante la tarde o la noche de la víspera, como lo hacía habitualmente, para combatir el insomnio. La joven estaba padeciendo, hacía poco más o menos un año, una dolencia nerviosa. El médico analizó aquellas gotas y halló en ellas indicios de nuez vómica. Esta es, como usted sabe, una de las formas bajo las cuales se administra ese terrible veneno en la medicina moderna. Una botellita, sin letrero alguno y que contenía también algunas gotas de color oscuro, fué recogida casi al mismo tiempo por el jardinero debajo precisamente de las ventanas de la habitación. Probablemente habría sido arrojada con el propósito de que se rompiera; pero había caído casualmente sobre tierra blanda, en un bancal recién movido. Aquel líquido oscuro contenía también nuez vómica.

Era imposible ya la duda; la señorita de Jussat

había muerto envenenada. La autopsia acabó de demostrarlo. ¿Se trataba de un suicidio o de un asesinato...? ¿Un suicidio? Pero ¿qué motivos podía tener para matarse una joven que iba a contraer matrimonio pronto con un hombre muy amable, a quien ella había aceptado con gusto? ¡Y de qué modo! Sin una palabra de explicación, sin una carta de despedida para sus padres. Además, ¿cómo se había proporcionado el veneno?

Justamente la investigación de este particular puso a la justicia sobre la pista que ahora seguimos.

Preguntado el boticario del pueblo, declaró que seis semanas antes el preceptor del castillo le había pedido nuez vómica para calmar una gastralgia. Ese preceptor habíase partido para Clermont so pretexto de visitar a su madre, algo enferma, en la madrugada misma del día en que se había descubierto el cadáver, diciendo que había recibido un telegrama en el que se le llamaba.

Súpose después, de modo indudable y sucesivamente, que no existía tal telegrama; que en la noche del crimen un criado había visto a Roberto Greslou salir de las habitaciones de la señorita Carlota; por último, que el frasco de veneno comprado en la botica y que se halló en la habitación del joven había sido vaciado en una mitad próximamente y vuelto a llenar con agua, sin duda para suplir lo quitado y evitar sospechas.

Diferentes y numerosos testimonios contribuyeron a probar que Roberto Greslou había requerido de amores con asiduidad a la joven a escondidas de los padres.

Descubrióse también una carta que él le había dirigido once meses antes, pero que traducía perfectamente un esfuerzo hábil para preparar una declaración amorosa.

Los criados y el mismo discípulo de Roberto Greslou declararon que las relaciones entre el joven y la señorita Jussat, relaciones que eran de ordinario casi familiares, se habían enfriado mucho, y habían llegado, en los últimos ocho días, a una tirantez extraña. Carlota contestaba apenas al saludo del joven. De estas premisas se obtuvo la conclusión siguiente.

Roberto Greslou, enamorado de la joven, la había perseguido sin esperanzas; después la envenenó para evitar su matrimonio con otro.

Esta suposición adquirió gran fuerza y muchos grados de verosimilitud merced a las mentiras y a las contradicciones en que el joven incurrió desde que comenzaron sus interrogatorios. Negó que él hubiese escrito jamás a la señorita Carlota; le fué presentada su carta y hasta se pudo hallar en la chimenea del cuarto de la víctima, entre los restos que denunciaban haberse quemado allí muchos papeles en la noche del crimen, la mitad de un sobre, escrito indudablemente por el procesado; negó también haber ido aquella noche al cuarto de la señorita Carlota, y se le careó con el lacayo que le había visto salir de allí; dicho criado sostuvo enérgicamente su afirmación, asegurando que no podía equivocarse, pues confesó que a la misma hora había entrado él en el cuarto de una doncella, que era su querida.

Tampoco pudo explicar Greslou la razón de haber comprado nuez vómica, abusando de la confianza del

boticario, de quien era amigo. Demostróse, además, que nadie le había oído quejarse, antes de aquella época, de padecimiento de estómago.

Roberto no consiguió explicar la invención del telegrama falso, ni su marcha precipitada, ni principalmente la espantosa turbación que produjo en él la noticia de que estaba probado el envenenamiento de la señorita de Jussat.

Por otra parte, no había posibilidad de admitir en este caso móvil alguno que no fuese una venganza de amante extraviado, porque la víctima conservaba todas sus alhajas, dinero en su portamonedas y en su cuerpo no apareció indicio de violencia de ninguna clase. El hecho, pues, se supuso haber ocurrido del modo siguiente.

Greslou había penetrado en la alcoba de la señorita de Jussat-Randon, sabiendo que dicha joven dormía de ordinario hasta las dos de la madrugada, pues a dicha hora se despertaba todas las noches para tomar un medicamento. El presunto reo había mezclado, con la pócima ya preparada, una dosis de nuez vómica bastante para matar instantáneamente a la joven, que sólo pudo colocar la copa sobre la mesilla y no tuvo ya tiempo de pedir socorro.

Roberto, continúa la hipótesis, Roberto temió que su emoción le denunciase y partió precipitadamente antes de que fuese conocida la muerte de su víctima. La botella vacía hallada por el jardinero en un acirrate había debido ser arrojada por el joven desde la ventana del cuarto de estudio, que se hallaba precisamente encima de la del cuarto de la señorita Carlota. El mismo había llenado indudablemente con

agua la otra botella, por una de esas torpezas en que suelen incurrir los criminales poco expertos en el oficio. En una palabra, Greslou está hoy preso preventivamente en la cárcel de Riom, y debe comparecer ante los Tribunales en la sesión de Febrero o en los primeros días de Marzo, como presunto reo de envenenamiento de la señorita de Jussat-Randon.

Los cargos que sobre Roberto pesan se han hecho abrumadores por la actitud del acusado mismo desde que se verificó su detención. Enciérrase en un absoluto silencio; una vez destruidos sus embustes, niégase a responder y sólo dice que es inocente y que no tiene interés alguno en defenderse. Ha rehusado nombrar defensor y vive en un estado de tristeza sombría que hace sospechar mortificaciones de los remordimientos. Lee y escribe mucho, pero, y este es un dato muy curioso y que prueba la fuerza de fingimiento y disimulación en un mozo de veinte años, sólo escribe y lee cosas de pura filosofía: quiere tal vez combatir la mala impresión producida por su tristeza y demostrar la completa libertad de su ánimo... La índole especialísima de la ocupación del procesado me conduce, después de esta larga relación, al motivo por el cual ha podido ser reclamado el testimonio de usted, señor de Sixto, como lo ha sido, en efecto, por la madre de ese joven; pobre señora que se rebela contra la evidencia, como es muy natural; que se muere de pena, pero que a pesar de todos sus esfuerzos no ha conseguido vencer la obstinación de su hijo, empeñado en guardar silencio. Las obras de usted y otras de algunos psicólogos ingleses son las únicas que el preso ha pedido; más

diré a usted, en los entrepaños de sus armarios se han encontrado todos los libros de usted, en condiciones que demuestran asidua lectura y estudio detenido; hay intercaladas algunas hojas de papel en las cuales escribía Roberto de vez en cuando comentarios o notas, algunas veces más completamente desarrolladas que en el texto. Usted mismo puede juzgar.

Mientras así hablaba el magistrado, entregaba al filósofo un ejemplar de lo *Psicología de Dios*, ejemplar que Sixto abrió maquinalmente. Advirtió que, en efecto, a cada página impresa correspondía una hoja completamente cubierta de una letra muy parecida a la suya, pero algo más confusa, podría decirse más febril. En la tendencia de líneas a caer, un *grafólogo* habría encontrado propensión a desalientos rápidos.

Esta semejanza en los caracteres de letra, en la cual no se había fijado el sabio hasta entonces, produjo en él una impresión muy desagradable. Volvió a cerrar el libro, que entregó al juez y le dijo:

—Caballero, la revelación que acerca de ese pobre muchacho acabo de escuchar de labios de usted, me ha sorprendido muy dolorosamente; pero confieso que no alcanzo a comprender qué relación pueda existir entre ese crimen y mis libros o mi persona, ni qué género de testimonio puedo dar sobre el asunto.

—Sin embargo—replicó el juez—, la cosa es sencillísima. Por graves que sean los cargos que pesan sobre Roberto Greslou, solamente se fundan, hasta ahora, en suposiciones. Existen contra él sospechas terribles, pero no absoluta certidumbre. Ya comprende usted, caballero, si es lícito a un profano

emplear el tecnicismo de la ciencia en que usted tanto brilla, que una cuestión psicológica va a ser lo dominante en los debates jurídicos próximos a comenzar. ¿Cuáles eran las ideas, cuál el carácter de este joven? Evidentemente, si Roberto seguía con interés extremado estudios abstractos, las probabilidades de su culpabilidad disminuyen...

Al pronunciar estas palabras, en las cuales el sabio no vió el lazo que se le tendía, el señor Valette se presentaba más indiferente que nunca. No dijo el magistrado al filósofo que precisamente uno de los fundamentos de la acusación, puesto en primer término por el marqués de Jussat, era el de que Roberto Greslou había sido pervertido por sus lecturas perniciosas. Tratábase, pues, de conducir hábilmente a Sixto a que declarase la índole de los principios en que el joven estaba imbuído e impregnado.

—Puede usted preguntar, señor juez—dijo el filósofo.

—¿Quiere usted que principiemos por el principio? ¿En qué condiciones y en qué época principiaron las relaciones de amistad de Roberto Greslou con usted?

—Hace dos años; con ocasión de un trabajo puramente especulativo sobre la personalidad humana; Roberto me pidió parecer sobre ese trabajo.

—¿Le veía usted con frecuencia?

—Le vi dos veces nada más.

—¿Y qué impresión produjo en usted?

—La impresión de que era un hombre maravillosamente apto para los estudios y los trabajos psico-

lógicos; tan prodigiosamente dotado que casi me espantó aquella precocidad.

El filósofo dijo esto como si pensase sus palabras; el magistrado pudo ver en su rostro y adivinar en su acento la actitud de quien desea y se propone ver y decir la verdad.

—¿No le habló a usted nunca de su vida privada?

—Muy poco. Solamente me refirió que vivía con su madre y que sus propósitos eran seguir la carrera del profesorado y, al propio tiempo, trabajar en algún libro.

—Efectivamente, ese era uno de los artículos inscriptos en una especie de plan de vida hallado entre los papeles del preso; es decir, entre los papeles que han quedado; pero justamente uno de los más graves cargos que sobre Greslou pesan consiste en que, durante el tiempo transcurrido entre su declaración primera y su prisión, ha destruido casi todos los papeles suyos. ¿Podría usted, caballero, dar algunas explicaciones sobre una de las frases de ese programa o plan de vida, demasiado obscuras para los no iniciados, que no estamos al corriente de la filosofía moderna? *Multiplicar cuanto sea posible los experimentos psicológicos.* ¿Qué piensa usted que Roberto Greslou quiso decir con eso?

—Crea usted, caballero, que es muy dificultosa la contestación.

Así respondió Adriano Sixto después de un rato de silencio; pero Valette empezaba a ver con toda claridad que todos los ardidés eran ociosos con un hombre tan sencillo; comprendió, pues, que aquel silencio indicaba solamente la labor de quien busca la

palabra rigurosamente exacta para traducir bien su pensamiento. El filósofo, por su parte, sin cuidarse de la curiosidad que inspiraba y que ni siquiera advirtió, continuó diciendo:

—Únicamente sé el sentido que *yo mismo* daría a esa fórmula, y, según todas las probabilidades, ese joven estaba suficientemente enterado de los trabajos de la psicología para no pensar del mismo modo... Es evidente que en las otras ciencias de observación, como, por ejemplo, la Física o la Química, la demostración de una ley cualquiera exige una aplicación positiva y concreta de esta ley. Cuando, por ejemplo, he descompuesto el agua en oxígeno e hidrógeno, es preciso que pueda yo, en condiciones idénticas, reconstituir el agua con esos mismos elementos. Este es un experimento de los más vulgares; pero que resume todo el método de la ciencia moderna. Conocer experimentalmente es tener la facilidad de reproducir tal o cual fenómeno, reproduciendo sus condiciones. ¿Es admisible este procedimiento en los fenómenos morales? Yo creo que sí; de todas maneras, lo que llamamos educación, no es sino un experimento psicológico, mejor o peor establecido, toda vez que puede reducirse al enunciado siguiente: «dado tal fenómeno, que se denomina ya una virtud: la paciencia, la sinceridad; ya una aptitud del entendimiento: una lengua muerta o viva, la ortografía, el cálculo; determinar las condiciones con que se producirá este fenómeno con más facilidad...»

Este campo, no obstante, es muy limitado, pues si yo pretendiera, supongamos esto, si yo pretendiera, después de bien conocidas las condiciones exactas

del nacimiento de una pasión, producir esa pasión misma en un individuo, me estrellaría inmediatamente con invencibles dificultades, puestas ora por el Código, ora por las costumbres. Acaso llegará un día en que tales experimentos sean posibles. Opino, sin embargo, que, al presente, los psicólogos no tenemos otro remedio que contentarnos con los experimentos que la Naturaleza o la casualidad nos proporcionen. Las Memorias sobre cuestiones particulares; las obras de literatura o de arte; los legajos de procesos célebres; los trabajos estadísticos; los apuntes de medicina legal constituyen un mundo de hechos aislados que pueden ser utilizados por nosotros. Roberto Greslou había discutido, efectivamente, conmigo acerca de ese *desiderátum* de nuestra ciencia. Lo recuerdo muy bien: deploraba Greslou que los condenados a muerte no pudieran ser colocados en condiciones especiales que permitiesen al psicólogo realizar en ellos experimentos de determinados fenómenos morales. Esta era una opinión, llamémosla así, hipotética, de una inteligencia muy joven todavía y que no se daba cuenta de que para trabajar con fruto en este orden de ideas es preciso estudiar un caso por espacio de mucho tiempo.

Con los niños—continuó el filósofo lanzándose, acaso sin advertirlo, a exponer ya sus propias ideas—sería más fácil operar; pero ¿cómo podría convenirse a ciertas personas de que sería utilísimo para la Ciencia dar a esos niños sistemáticamente ciertos defectos o ciertos vicios?

—¿Vicios?—preguntó el juez, absorto y estupefac-

to por la tranquilidad con que el filósofo había dicho aquello.

El sabio, que sonrió, a su vez, notando la extrañeza del magistrado, siguió diciendo, con la mayor serenidad:

—Hablo como psicólogo; he aquí justamente la razón de que nuestra Ciencia no pueda realizar determinados progresos. Si yo tuviese necesidad, que no la tengo, de una prueba, la exclamación de usted me la habría proporcionado. La sociedad no puede prescindir de la famosa teoría del *bien* y del *mal*, que para nosotros son únicamente un conjunto de convenciones útiles algunas veces y pueriles otras.

El magistrado, aprovechando la ocasión de utilizar para sus averiguaciones aquella controversia de índole general, dijo entonces:

—Sin embargo, usted admite que hay acciones buenas y acciones malas. Este envenenamiento de la señorita de Jussat, por ejemplo, ¿conviene usted en que es un crimen?

—Desde el punto de vista social, lo es indudablemente; pero para el filósofo no hay crímenes ni virtudes. Nuestras voliciones son hechos de un cierto orden, regidos por leyes determinadas; ni más ni menos. Puede usted hallar una demostración, que me atrevo a creer incontestable, de estas teorías en mi libro titulado *Anatomía de la voluntad*.

Y al decir esto, la ingenua vanidad del escritor aparecía.

—¿Habló usted de esto alguna vez con Roberto Greslou? ¿Cree usted que él profesaba esas mismas ideas?

—Lo creo muy probable.

A estas palabras, dichas con sencillez y naturalidad, el magistrado, descubriendo ya sus baterías, dijo:

—¿Sabe usted, caballero, que casi casi justifica usted las acusaciones del marqués de Jussat, el cual afirma que las doctrinas de los materialistas contemporáneos han destruído todo sentido moral en el espíritu de ese joven y le han hecho capaz de cometer un asesinato?

—No sé lo que es materia—dijo Adriano—; no soy, por consiguiente, materialista. Eso de arrojar sobre una doctrina cualquiera la responsabilidad que una inteligencia desequilibrada puede darle es tan absurdo como lo sería censurar al químico que ha descubierto la dinamita por los atentados en que ha sido utilizada esa substancia. Ese argumento no merece ser contestado.

El tono con que el filósofo pronunció estas palabras revelaba la fuerza invencible de resistencia moral que presta una convicción arraigada y profunda. Así como revelaba un temor casi infantil ante las molestias de la vida material el acento con que de pronto preguntó al juez:

—¿Cree usted que me obligarán a que vaya a Riom para declarar?

—No lo creo—contestó Valette, que no pudo menos de asombrarse de nuevo al notar el contraste extraño entre la firmeza del hombre pensador en la primera parte de su discurso y la ansiedad que expresaba el tono de sus últimas palabras—. Haré constatar—siguió diciendo el juez—que las relaciones man-

tenidas por usted con el acusado son mucho más superficiales de lo que suponía la madre de Greslou; si, en puridad, se han reducido a dos visitas y a una correspondencia que, según parece, fué exclusivamente filosófica. Pero torno a mi pregunta: ¿nunca ha recibido usted de Roberto confidencias relacionadas con su vida en casa de la familia Jussat-Randon?

—Nunca. Además, Roberto dejó por completo de escribirme poco después de su entrada en aquella casa.

—Y en sus últimas cartas, ¿no había indicado nuevas aspiraciones de inquietud, de curiosidad, de sensaciones desconocidas?

—Nada de eso he advertido.

El señor de Valette guardó silencio durante algunos instantes, que aprovechó para seguir estudiando el aspecto de aquel original testigo, y dijo por último:

—Corriente; no quiero molestar a usted por más tiempo. Las horas son preciosas para usted. Permítame que dicte al escribano las respuestas de usted... Está poco habituado a interrogatorios que versan sobre cuestiones tan elevadas... Inmediatamente firmará usted y habremos concluído.

Mientras el magistrado dictaba aquello que, en su opinión, podía interesar a la justicia en las declaraciones del filósofo, éste, a quien la repentina revelación del crimen de Roberto Greslou y su conversación con el juez habían trastornado ostensiblemente, escuchaba sin hacer observación alguna, y es casi seguro que no comprendía lo que oía; de tal modo había desorientado en su espíritu el elemento meditativo la novedad del suceso en que, si bien media-

tamente, se encontraba envuelto. Sixto firmó, sin leer, después de haberle leído el señor Valette en alta voz la declaración, y antes de despedirse volvió a preguntar:

—¿Es decir, que puedo estar seguro de que no tendré necesidad de ir allá?

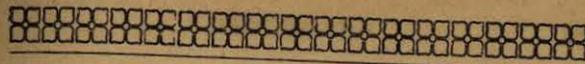
—Me parece que no—contestó el juez acompañándole hasta la puerta, y siguió diciendo—: De todas maneras sólo será por uno o dos días.—Y sintió una secreta satisfacción al ver que se pintaba indecible angustia en el rostro del pobre sabio. Después, y cuando éste hubo salido del despacho, dijo a su escribano: —He ahí los orates que sería muy conveniente encerrar.

El escribano movió la cabeza en señal de asentimiento, y el magistrado continuó:

—Con ideas como las de este loco de atar, acerca de la virtud y del crimen se pierden los jóvenes. Y el caso es que, según parece, él las profesa de buena fe... Menos peligroso sería siendo un canalla... ¿Sabe usted que con sus paradojas podría muy fácilmente enviar a la guillotina a su discípulo? Bien que, según las señas, le da lo mismo. Él solamente se inquieta por si le harán ir a Riom. ¡Valiente monomaniaco!

Y el juez y el escribano se rieron, encogiéndose de hombros. En seguida Valette, después de haber repasado en su memoria, en una meditación de algunos minutos, las diversas impresiones que le había producido aquel sujeto tan enigmático, dijo:

—¡Que me emplumen si imaginaba yo que el célebre Adriano Sixto se pareciese a éste...! ¡Es inconcebible!



### III

#### DOLOR SENCILLO

Mucho más enérgico habría sido el epíteto con que el juez de instrucción condenaba la impasibilidad del sabio, si el señor Valette hubiese podido seguir a Adriano Sixto y leer en aquel cerebro de filósofo durante el corto tiempo que medió entre el interrogatorio y la cita pedida por la desdichada madre de Roberto Greslou. Cuando hubo llegado al patio principal del Palacio de Justicia, aquél, a quien el juez calificaba de monomaniaco, miró la esfera como correspondía hacerlo a un trabajador tan metódicamente ordenado.

—Las dos y cuarto—pensó—; no podré estar en casa antes de las tres; la señora Greslou irá a las cuatro... No hay modo de que me ponga a trabajar... Es muy desagradable esto...

Adoptó, pues, en el momento mismo, la prudente determinación de trasladar a esta hora su cotidiano paseo, con tanta más razón, cuanto más fácil le era entrar en el Jardín de Plantas, siguiendo la corriente del río, y por la *Cité*, cuyo aspecto anticuado y cuya apacible dulzura eran muy de su agrado.

El cielo estaba azul, con un azul claro, propio de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO